

# EL SAQUEO DE ROMA DEL 410 Y SUS IMPLICACIONES POLÍTICO-RELIGIOSAS

FLORENCIO HUBEÑÁK

El saqueo de Roma del 410 es uno de los hechos más importantes de la decadencia de Roma y del enfrentamiento entre paganos y cristianos, aunque –como bien señala Heather– “la reconstrucción de las causas, y en especial de la verdadera trascendencia del saqueo de Roma es una historia detectivesca de gran complejidad”<sup>1</sup>.

Esta apreciación coincide con la de los antiguos romanos para quienes el fin de Roma no fue el 476 sino el 410 como bien observa Momigliano<sup>2</sup>.

En nuestro intento de revisar la cuestión comenzaremos por una síntesis de los hechos para pasar luego a la reacción que provocó este acontecimiento.

## LOS HECHOS

Parece no haber dudas que el evento que inició el proceso tuvo lugar casi medio siglo antes y fue la aplastante derrota de los ro-

1 Heather, P. *La caída del Imperio romano*. Barcelona, Crítica, 2006, pp. 149-150.

2 “La caduta senza rumore di un Impero nei 476 DC”, *Sesto contributo alla storia degli studi classici e del mondo antico*, Roma, 1980.

manos ante los “bárbaros”<sup>3</sup> en la batalla de Adrianópolis (378) que costó la vida a varios centenares de romanos, incluyendo al propio emperador Valente y la penetración de aquellos en los Balcanes.

Como señalábamos en otra ocasión esta catástrofe influyó en la elección como emperador colega del hispano Teodosio, quien –entre otras medidas significativas– firmó en 382 un *foedus* con los visigodos que implicaba el asentamiento de éstos dentro de los *limes* de Roma<sup>4</sup> y su utilización en la defensa del Imperio y en la lucha contra los usurpadores Máximo y Eugenio. Como es sabido el problema de la presión de los pueblos (etnias) bárbaros o germanos –probablemente empujados por los *hiung-nu* (hunos)– sobre las fronteras era cada vez más acuciantes y como afirmaba un anónimo contemporáneo “ladaban alrededor”<sup>5</sup>.

A la muerte de Teodosio y el maltrato e incumplimiento de la entrega de alimentos por sus sucesores –a causa de las internas pro y anti-germánicas en el seno de la corte– los visigodos resolvieron rebelarse para lograr una ratificación más precisa del citado *foedus*. Para ello, a la muerte de Fritigerno, en 392, eligieron como su caudillo<sup>6</sup> a Alarico<sup>7</sup>, un aguerrido líder del clan de los *balthi* u “hombres audaces”.

Entretanto, en Roma, dada la minoría de edad de los hijos de Teodosio, el poder real recaía en Estilicón (*Stilico*) y en Rufino en la *pars occidentes y orientis* respectivamente. En la parte que nos interesa, Estilicón era un soldado de origen vándalo que se había distinguido en los últimos tiempos de Teodosio y éste le confirió la tutela de su hijo Honorio, menor de diez años y que gobernaba en occidente<sup>8</sup>.

Tras un importante forcejeo político, la corte de Constantino-*pla* logró desviar a Alarico y sus visigodos al occidente<sup>9</sup>, donde

3 Nota aclaratoria.

4 Cfr. Hubeňák, F. “Teodosio y la cristianización del Imperio”, *Hispania Sacra*. LI, n° 103, enero-junio de 1999.

5 Cit. Mazzarino, S. *El fin del mundo antiguo*, México, U.T.E.H.A., 1961, p. 43.

6 Isidoro de Sevilla en su crónica ya le denomina *rex*.

7 *Alla-reiks* en godo = ‘rey de todos’ Alrik (Ulrich).

8 Estilicón –muerto Rufino– pretendió que en su lecho de muerte el emperador le había conferido el control de ambas partes del Imperio, información que transcribe el poeta Claudiano. Cfr. Heather, P. *op. cit.*, pp. 281-282.

9 “A principios del siglo V, los godos eran más un pueblo en movimiento que un ejército. Incluían entre sus filas a hunos y alanos, esclavos romanos fugados, desertores y

Estilicón pretendió usarlo para su política unificadora, en la línea trazada por Teodosio. En este aspecto parece correcta la apreciación de Laméndola en el sentido que “Estilicón fue fiel a la casa de Teodosio y Honorio, que representaba la legitimidad y la continuidad del estado”<sup>10</sup>.

Lo cierto es que en el 391 Alarico franqueó el desfiladero de las Termópilas e invadió y saqueó Atenas y otras *poleis* de la región, forzando las negociaciones con Estilicón, que pretendía atraerle a sus intereses y evitar que el ingreso de sus hombres a la península itálica en 401 tuviera consecuencias desagradables.

En esa época Roma todavía vivía tiempos felices, o al menos eso creían. En el otoño del 403 Honorio festejó solemnemente un triunfo sobre Alarico coincidente con su sexto consulado en Roma<sup>11</sup> y la *nobilitas* senatorial –base de los cultos ancestrales llamados ahora paganismo– pretendió que la corte abandonara Milán y regresara a Roma, donde se habían fortificado las murallas de Aureliano. Pero Estilicón, cauteloso ante un avance germano se inclinó por Rávena, resguardada por la defensa natural de los pantanos y de su puerto militar amurallado<sup>12</sup>.

Pero al año siguiente se desencadenó la catástrofe. Los hunos pusieron en marcha una verdadera avalancha de pueblos (*Wölkerwanderung* o “migraciones de pueblos”)<sup>13</sup> que llegaron hasta los Pirineos cual “mancha de aceite” según la feliz expresión de Lacarra. Entre éstos nos interesan especialmente los ostrogodos guiados por Radagaiso (*Radagaisus*), quien con sus hombres y varios miles de suevos, vándalos y alanos azoló la península itálica y sitió Florencia, amenazando a la Ciudad Eterna. Los ostrogodos fueron vencidos por Estilicón en Fiesole (406), y desaparecieron diezmados por la epidemia. Los sobrevivientes se rindieron, y terminaron reducidos a la esclavitud o enrolados en las tropas imperiales<sup>14</sup>. Este acontecimiento motivó la célebre narración de Jerónimo de Stridón: “innumerables

---

otros elementos” (Quesada Sanz, F. “El fin del mundo Roma saqueada”, *La aventura de la historia*, n.º 82).

10 Laméndola, F. “Stilicone e la crisi dell’Occidente (398-408 DC)”, [www.icsm.it](http://www.icsm.it), p. 35.

11 Claudiano. VI Cons. Honorio v. 343-350. Courcelle, P. *Historie litteraire des grandes invasions germaniques*, París, Hachette, 1948, p. 25.

12 Courcelle, P. *op. cit.*, p. 25.

13 Cfr. Lamb, H. *La marcha de los bárbaros*, Buenos Aires, Sudamericana, 1963.

14 Cod. Theod. V, 7, 2. Orosio VII, 37; cit. Courcelle, P. *op. cit.*, pp. 26-27.

y feroces naciones se han adueñado de las Galias. Todo el territorio comprendido entre los Alpes y los Pirineos, el océano y el Rhin, ha sido devastado por los cuados, los vándalos, los sármatas, los alanos, los gépidos, los hérulos...”.

En este momento de peligro encontramos un primer indicio de la lucha religiosa que se avecinaba cuando un noble florentino aseguró que en sueños se le había aparecido san Ambrosio asegurándole la victoria<sup>15</sup> como también de la profecía de las manos que salían del vientre de los lobos<sup>16</sup>.

La invasión de Radagaiso fue el primer hecho que asustó seriamente a los romanos y los arúspices consultados ante el peligro rescataron las profecías sobre el fin de Roma. “Las voces alarmistas se propagaron” y comenzaron a circular interpretaciones negativas de presagios siniestros<sup>17</sup>

Paralelamente la *nobilitas* retomó su tesis anticristiana enunciada en la supresión del altar de la Victoria<sup>18</sup> y renovada al considerar que la invasión era un castigo de los dioses por impiedad, tesis que reaparecerá más violentamente con el saqueo de Roma por

15 Cfr. Courcelle, P. *op. cit.*, p. 26.

16 “Pero aterra más aún a las mentes el portento de los lobos. Pues ante la mirada del emperador, mientras ejercita a sus caballos en la llanura, dos lobos atacaron impetuosamente a su séquito y, arrojados con dardos, ofrecieron un prodigio horrible de relatar y una maravillosa señal del futuro. Pues ambas bestias hicieron salir al mismo tiempo de sus perforados flancos dos manos de cuerpo humano: en el vientre de una se ocultaba temblorosa una mano izquierda; en otro una derecha, ambas con los dedos estirados y con vívida sangre. En el caso de que quieras indagar las verdades, las bestias mensajeras de Marte anunciaron que el enemigo caería ante los ojos del emperador, y al igual que las manos se mostraron vigorosas tras haberse abierto el vientre, así refulge el valor romano después que los bárbaros franquearon los Alpes” (Claudio. *De bello Getico*, 225-270). “Se llamaron a los arúspices, que evidentemente habían encontrado el modo de infiltrarse en la catolicísima corte de Milán, y su respuesta fue que las dos manos simbolizaban una amenaza contra la ciudad de la loba, Roma. Las manos, como después se vio, eran las de Alarico y Radagaiso, los dos temibles jefes bárbaros que se aprestaban a invadir la península con sus tropas. Alguno insinuó que el tiempo concedido al imperio de Roma estaba llegando a su fin. Según la antigua leyenda, al fundador Rómulo se le aparecieron doce buitres en vuelo, y desde tiempo inmemorable, se creía que tal número simbolizaba los siglos que duraría la ciudad” (Lamendola, F. *cit.*, p. 4).

17 Cfr. Claudio. *De bello got.* 213-226 y Hubaux, J. *Les Grands Mythes de Rome*, París, 1945, p. 2 ss.

18 Hubeňák, F. “El affaire del altar de la Victoria. Uno de los últimos estertores de la Romanidad pre-cristiana”, *XX Semana de Estudios Romanos. Universidad Católica de Valparaíso*. Octubre de 2002. vol. XIII, pp. 223-254.

Alarico<sup>19</sup>. Sabemos que la *nobilitas* romana intentó la restauración de los cultos tradicionales en 406 y nuevamente en 408<sup>20</sup>.

Estilicón –coincidente con el proyecto teodosiano de integrar a los bárbaros e interesado en su apoyo ante el usurpador Constantino III– pretendió avanzar con su política negociadora con Alarico –el peligro latente– pero el Senado se opuso<sup>21</sup>.

Entretanto el 1º de mayo del 408 murió Arcadio, el *basileus* de la *pars orientis* y hermano mayor de Honorio –su único pariente varón– dejando por heredero a su hijo Teodosio II, de tan solo siete años de edad<sup>22</sup> y en el 395 había sido asesinado Rufino, el tutor de aquel. Era el momento de Estilicón para hacer realidad el modelo de Teodosio I, unificando dichos territorios bajo un único emperador.

Paralelamente, en la corte de Milán, en el 408, aumentaron las intrigas contra el “hombre fuerte” criticando la política conciliadora (pro-barbárica) de Estilicón<sup>23</sup> y convenciendo al *basileus* –ya mayor de edad– de la necesidad de prevenirse ante el creciente avance pro-germánico. Esta posición fue defendida fundamentalmente por Olimpio, quien aprovechó la circunstancia y organizó un complot contra Estilicón acusándole de organizar una conjura para derrocar al joven Teodosio y reemplazarle por su propio hijo Euquerio<sup>24</sup>.

La noche del 13 de agosto del 408 tuvo lugar una masacre de bárbaros en Ticinium, que Laméndola denomina “la noche de San Bartolomé” de la tardo-antigüedad<sup>25</sup>. Ante el desarrollo de los acontecimientos Estilicón se refugió en un templo pero luego y presuntamente para evitar venganzas a sus aliados, resolvió entregarse

19 Esta argumentación sobre la influencia del cristianismo en la decadencia de Roma ya era conocida por san Ambrosio (Sordi, M. “Augustinus De Civ. Dei, V, 23 e i tentativi di restaurazione pagana durante l’invasione gotica del V secolo”, *Prospettive di Storia Etrusca*, Como, New Press, 1995, p. 203).

20 Cfr. Sordi, M. *cit.*, *idem*.

21 El senador Lampadius, al ver las condiciones, sostuvo que “esta no es una paz, sino un pacto de servidumbre”.

22 Cabe destacar la importante influencia de su varonil hermana mayor Pulqueria.

23 Cfr. Mazarino, S. *Stilicone*. Milano, Rizzoli, 1990. Acusaron a Estilicón de no haber acabado con Alarico (Zósimo V, 26,2; Orosio. VII, 36 y Claudiano, *De bello gildonico*).

24 Cfr. Heather, P. *op. cit.*, p. 287.

25 *Cit.*, p. 45.

sin defenderse al conocer una carta imperial que portaba Olimpio<sup>26</sup>. Fue decapitado el 22 de agosto<sup>27</sup> por Heracliano, premiado como *comes Africae*.

Su hijo Euquerio, que había sido prometido a Gala Placidia<sup>28</sup> –la joven, hija de Teodosio y hermana de ambos Augustos– también fue perseguido y ejecutado. Y Honorio se separó de su mujer Termancia, hija de Estilicón<sup>29</sup>.

“Con la caída de Estilicón, se produjo una doble reacción, por un lado mejoran las relaciones entre las dos partes del Imperio y por otro se produjo una auténtica caza de brujas anti-bárbara. Este último hecho provocó la huida de treinta mil soldados bárbaros hacia el Norte para unirse a Alarico”<sup>30</sup>.

Con Estilicón cayó el último defensor de Roma y el emperador se vio obligado a negociar con el usurpador Constantino III, pero fundamentalmente quedó a merced de Alarico, quien –tras fracasar las negociaciones<sup>31</sup>– inició sus tres sucesivos asedios sobre Roma. Para consolidar su posición el *rex visigodo* hizo llamar a Ataúlfo, el esposo de su hermana, para que acudiera con más hombres<sup>32</sup>.

El período de hegemonía de Olimpio marcó, a su vez, el triunfo de una facción católico-nicena y retomó el proceso de cristianización<sup>33</sup>. Claro ejemplo de ello fue el edicto de Honorio del 14/15 de noviembre del 408 –conocido como *De paganis, sacrificiis et templis*– que ponía fin a la tolerancia con los cultos paganos y disponía

26 Zósimo. *Nueva historia*, V, 34, 2.

27 “La historiografía cristiana posterior a la muerte de Estilicón reelaboró la interpretación negativa de la obra del *patricius*, inspirándose en la publicística de los círculos políticos católicos en los que la explosión antigermánica del 409 había sido madurada (en sentido nacionalista)...se debe reconocer el reflejo de un giro en tal sentido también en la corte de Honorio en tiempos de Constancio, cuando, después de la irrupción de Alarico en Italia, en el mismo 408, la reacción antigermánica había fallado rápidamente” (Cracco Ruggini, L. “De Morte Persecutorium’ e la polemica antibarbarica nella storiografia pagana e cristiana”, *Revista di Storia e Letteratura religiosa*, 1968, IV-3, p. 447).

28 Según Claudiano. *Cons. Stil.* II, 355.

29 Ésta había reemplazado a su hermana María en el lecho nupcial, a la muerte de aquella.

30 Zósimo V, 11. Ribagorda, M. “La pervivencia religiosa pagana en el siglo V: el ejemplo de Rutilio Namaciano”, *La tradición en la Antigüedad tardía. Antigüedad tardía*, Murcia, XVI, 1197, p. 180.

31 Zósimo. V, 36,2.

32 Zósimo. V, 37,1/2.

33 Marino, R. “Alarico nella letteratura pagana e cristiana”, *Pan 18-19*, 2001, p. 25.

arrancar todas las estatuas (y llevar espadas en la corte)<sup>34</sup> No es de extrañar que ello haya influido en la explicación de los cataclismos posteriores<sup>35</sup>.

Sabemos que el aspecto más importante del sitio –que comenzó con el saqueo de distintas ciudades de la península– consistió en apoderarse del trigo africano que abastecía a la urbe<sup>36</sup> y someter la ciudad al hambre, mientras el emperador volvía a refugiarse en Rávena<sup>37</sup>.

Este primer asedio a Roma – y la consecuencia del hambre– reavivó en los romanos el pánico despertado por la invasión de Radagaiso y los cuestionamientos de paganos y cristianos<sup>38</sup>. Una muestra de los estados de ánimo reinantes fue la decisión del prefecto de la urbe Pompeyano<sup>39</sup> de elevar al Senado la propuesta de unos

34 Cod. Theod. XVI, 10,19. “El 14 de noviembre el emperador, probablemente en relación con la honda antigermánica y antiestiliconiana de aquel período publicó una ley de intolerancia religiosa con la cual se prohibía a todos los que no profesasen el cristianismo a llevar espada en la corte. Generido ahora, fuertemente atado a los cultos tradicionales, no abandona su casa, y cuando Honorio lo mandó a llamar respondió que una ley le prohibía llevar la espada y ejercitar el comando por motivos religiosos. Este oficial bárbaro, del cual ignoramos la estirpe (forzosamente era huno), debía gozar de mucha estima en la corte, si el cristianismo imperial le respondió que esa ley valía para todos los otros, pero no para él, que tantos servicios preciosos había prestado al Estado y debía ser también un hombre fiero e inteligente, si bien el coraje de replicar que no podía aceptar un privilegio similar, mientras que otros oficiales de religión pagana eran obligados a presentar la dimisión (Zos V, 46, 3-4)” (Lamendola, F. *L'invasione di Alarico in Italia e il sacco di Roma*, en: [www.arsmilitaris.org](http://www.arsmilitaris.org). it, p. 39).

35 El “pagano” Marcelino –que nos es conocido por san Agustín– escribía: “Todas estas máximas son nefastas para la conducta del *Estado*. Para aquellos que sufren que el enemigo le quitó alguna cosa? no querían, en el marco del derecho de la guerra, pagar al ladrón de una provincia romana? Si tales desgracias alcanzan al estado, es culpa de los emperadores cristianos, que observan, en lo mejor la religión cristiana, la cosa está clara” (Marcellino. *Epist. a Agustín*. LXXXVI, en: PL XXXIII, 515).

36 Zósimo V, 39, 1; Sozomeno IX,6, 2; Filostorgio XII,3.

37 Cfr. Cod. Theod. XVI 5, 42.

38 “Su aparición (de Alarico) bajo los muros de Roma después de una marcha casi extraordinaria debía necesariamente aparecer a los ánimos espantados de Roma como un castigo divino. Y fue así que interesó la cuestión tanto a los paganos como a los cristianos, echándose los unos a los otros, sintomáticamente, la responsabilidad de las desgracias presentes. En primer lugar el abandono del culto, la clausura de los templos, el retiro de la Victoria del altar del Senado, que habían desencadenado la ira de los dioses, y en segundo lugar la adhesión superficial al cristianismo, la persistencia de los vicios antiguos, de las pasiones circenses, de la cupididad, de la avaricia y de la soberbia de las clases elevadas” (Lamendola, F. *L'invasione di Alarico...*, p. 14).

39 El prefecto Pompeyano fue lapidado por el pueblo que reclamaba el pan y su muerte fue considerada como un castigo del cielo (Geronius. *Vita Sta. Melania*. 34. Courcelle, P. *op. cit.*, p. 25). Este hecho muestra la significación del enfrentamiento religioso que acompañaba la coyuntura política.

arúspices etruscos de realizar antiguas ceremonias de expiación (“apuntar fuegos celestiales – truenos, rayos y relámpagos– contra el campamento de los bárbaros”) que habrían evitado la ocupación de la ciudad de Narni<sup>40</sup>. Por obvias razones consultó al obispo de Roma, Inocencio I<sup>41</sup> y según la fuente, éste habría aceptado siempre y cuando las ceremonias se realizasen en secreto<sup>42</sup> pero los arúspices y sus patrocinantes “paganos” sostuvieron la teoría que de ese modo se perdía la eficacia. “No obstante, cuando se debatió la cuestión en el Senado y se propuso como condición esencial que esos sacrificios se llevaran a cabo en el Capitolio mediante la autoridad de los magistrados y de su presencia, la mayoría de esa respetable asamblea, temerosa de la reprobación divina o imperial, se negó a sumarse a un acto que parecía casi equivalente a la restauración pública del paganismo”<sup>43</sup>.

Sócrates, en su *Historia eclesiástica*, al igual que Sozomeno, agrega que: “se dice que a medida que avanzaba en dirección a Roma, un monje piadoso le exhortó a no deleitarse en la perpetuación de tales atrocidades, y no gozar de la masacre y la sangre. Alarico le respondió: ‘Yo no sigo este curso por mi propia voluntad, hay algo que me impulsa irresistiblemente diciendo: Avanza sobre Roma, y devasta esta ciudad’ ”<sup>44</sup>.

Otra muestra clara de cómo la elite dirigente vivía la situación fue el ajusticiamiento de Serena<sup>45</sup>, la esposa de Estilicón, acusada de

40 El historiador eclesiástico Sozomeno lo narra en estos términos: “Aquellos de entre los senadores que estaban todavía atados a las supersticiones del paganismo, propusieron ofrecer sacrificios a los dioses en el Capitolio y en otros templos, y ciertos etruscos prometieron echar a los enemigos por medio de truenos y rayos, como se vanagloriaban de haberlos echado de Narni, pequeña ciudad de la Toscana... Las personas de buen sentido reconocían claramente que las miserias de ese sitio no eran sino el efecto de la cólera del cielo y un castigo, el cual caía sobre el lujo de los romanos, sus excesos y las injusticias, y las violencias que han cometido, tanto contra sus prójimos como contra los extranjeros” (Sozomeno. *Historia eclesiástica*, en Piganiol, A. *Le Sac de Rome*, París, 1964, pp. 265-266).

41 Cfr. *Enciclopedia dei Papi*.

42 Zósimo, V, 41. Un cuidadoso análisis de las versiones sobre la actitud del obispo en: Montero, S. “El papa Inocencio I ante las tradiciones religiosas paganas”, *Cristianismo y aculturación en tiempos del Imperio romano. Antigüedad cristiana* (Murcia) VII, 1990.

43 Zósimo XLI, 3. Gibbon, E. *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano*, Barcelona, Alba, 2001, pp. 440-441.

44 Sócrates. *Historia eclesiástica*. VII, 10. Capítulo 10. Roma tomada y saqueada por Alarico. [*Idem*. Sozomeno. “Historia eclesiástica”, en Piganiol, A. *Le Sac de Rome*. París, 1964, pp. 265-266). Courcelle la califica como “una anécdota” (p. 215).

45 Nieta de Teodosio y hermana de Arcadio y Honorio, sobre quien tenía mucha influencia.



querer entregar la ciudad a los godos y ser la “responsable de los males que se habían abatido sobre la ciudad”<sup>46</sup>. En el clima religioso que describe Zósimo éste precisa que aunque la medida no logró el retiro de Alarico –como se creía– se justificaba porque era “el justo castigo a las impiedades perpetradas por ésta contra la divinidad” y describe que en tiempos de Teodosio el viejo, Serena –que era cristiana–, al visitar el templo de la Gran Madre, lo profanó al quitar del cuello de la imagen un adorno y colocárselo, motivando que una de las ancianas vestales la maldijera<sup>47</sup>.

Dada la gravedad de la situación –y la ausencia del emperador refugiado en Rávena–, el Senado resolvió enviar una nueva (“segunda”) embajada para negociar con Alarico<sup>48</sup>.

Esta vez los romanos –dada la debilidad de Honorio y su corte<sup>49</sup>– aceptaron todas las condiciones. “Se decidió que la ciudad entregase cinco mil libras de oro, otras tres mil de plata, cuatro mil túnicas de seda, además de tres mil pieles escarlatas y pimienta por un montante de treinta mil libras. Al no contar la ciudad con fondos públicos, los miembros del Senado que disponían de sus haciendas hubieron de cubrir la entrega mediante subscripción”<sup>50</sup>. Alarico también pidió normalizar su situación con la designación como *magíster equitum*, título negado por el emperador, por influencia de Olimpio.

Además “para pagar la tasación el Senado entero se puso a recoger la suma requerida por Alarico. Fue necesario recurrir a medidas extremas, consideradas sacrílegas por los paganos y por los cristianos tomadas con indiferencia o con abierta aprobación: la de recurrir a los tesoros sagrados de los templos. Las estatuas de las divinidades fueron expoliadas de sus ricos ornamentos de oro y plata...Pero cuando la misma estatua de la *Virtus*, del valor, fue derretida y transformada en relucientes lingotes destinados al rey bárbaro, un ola de horror atravesó el ánimo de los Romanos. El

46 Zósimo. V, 38, 1.

47 Zósimo. V, 38, 3-4.

48 Esta embajada fue enviada por el Senado contra la política de Olimpio y la integran Atalo –prefecto de la urbe–, Maximiliano y Ceciliano, flamante prefecto del pretorio.

49 En la corte de Honorio el caos era total. Constantino III con su hijo Constante II y Maximo usurpaban el poder a Honorio y extendían cada vez más su ocupación territorial. El propio Jovio traicionó al emperador inclinándose por el usurpador.

50 Zósimo. V, 40, 4 / 41, 1-4.

fin ignominioso de esta estatua, que simbolizaba un poco toda la gloriosa historia del imperio romano, parecía preanunciar simbólicamente la próxima caída de éste”<sup>51</sup>.

Las negociaciones deben enmarcarse en las luchas internas en la corte de Rávena, donde Jovio (*Jovius*) había reemplazado a Olímpio como prefecto del pretorio y “hombre fuerte” del Imperio, imponiendo una posición negociadora con Alarico, a quien conocía de tiempos anteriores. Su primer paso fue convocar en febrero del 409 al *rex* visigodo a Rímini, a solo treinta millas de Rávena. Éste viajó convencido de las posibilidades de llegar a un acuerdo. Jovio escribió a Honorio sugiriendo se designe a Alarico como *magister utriusque militiae*, motivando las protestas del emperador que seguía negándose a incorporarlo a sus legiones y así le contestaba a Jovio. Éste imprudentemente leyó la carta en voz alta ante Alarico provocando su ofendida cólera y el nuevo asedio de la *urbs aeterna*<sup>52</sup>. Jovio, confundido y asustado ante la reacción imperial, regresó a Rávena, donde –para salvar su situación– logró la promesa que Honorio no negociaría con el *rex* visigodo y juró lealtad sobre la *sagrada* cabeza del emperador<sup>53</sup>.

Entretanto Alarico aumentaba sus tropas con “esclavos fugados de Roma, que llevaron su ejército a más de 40.000 combatientes”<sup>54</sup>.

El fracaso de las negociaciones, pese a la morigeración de las exigencias de Alarico<sup>55</sup>, llevó a éste a un nuevo (segundo) sitio de Roma a fines del 409 y exigió al Senado, bajo la presión del hambre<sup>56</sup>, la nominación de un nuevo emperador, el prefecto Prisco Atalo, mientras negociaba –con apoyo de varios obispos– condiciones más aceptables.

Finalmente el Senado aceptó la petición de Alarico y nombró *imperator* a Prisco Atalo, de una familia tradicional de la *nobilitas*

51 Zósimo. V, 40, 6. Lamendola, F. *L'invasione di Alarico in Italia e il sacco di Roma*, en: [www.arsmilitaris.org](http://www.arsmilitaris.org). it, p. 26-27.

52 Zósimo. V, 48, 1-4 y 49, 1-2.

53 “Prestó juramento, asiendo la cabeza del Emperador con las manos, e hizo que los demás miembros del gobierno procediesen de la misma manera” (Zósimo. V, 49, 1-2).

54 Zósimo. V, 42, 3. Para Heather “es más probable que la mayoría de esos esclavos fueron los seguidores menos afortunados de Radagaiso y no un grupo de ex pasteleros romanos” (*op. cit.*, p. 290).

55 Ahora exigía establecerse en la Nórica. Como puede apreciarse este tema era clave en las objetivos del caudillo visigodo.

56 Sozomeno IX, 8.

romana. Éste “era un *retor*, prefecto del pretorio, originario de Antioquía, fuertemente impregnado de filosofía griega, orador reconocido, muy ambicioso; oportunista pues por la circunstancia se hizo bautizar por el obispo godo Sigesar, de confesión arriana y del séquito de Alarico, pero distribuyó los puestos de mando con los senadores paganos: la designación de Tertullus como cónsul fue escandalosa, y la noble familia católica de los Anicii pasó a la oposición)”<sup>57</sup>. Asimismo designó comandantes a Alarico y a su cuñado Ataúlfo *comes domesticorum peditum*<sup>58</sup> y a un tal Lampadio<sup>59</sup> prefecto de la corte, y a Marciano de la urbe.

Atalo se lo tomó en serio y pronunció un arrogante discurso alabándose de haber sometido a todos a Roma, incluso a la *pars orientis*. Asimismo envió unas legiones contra Honorio, quien aterrorizado preparó la fuga desde el puerto de Rávena (Classe) donde tenía preparada una pequeña flota para dirigirse a Constantinopla<sup>60</sup>. La llegada oportuna de seis regimientos –unos cuatro mil hombres– enviados por el prefecto Antemio de la *pars orientis* modificó su claudicante decisión y retomó las negociaciones con Alarico, mientras obtenía el apoyo del conde Heracliano, que gobernaba Africa, quien embargó el trigo destinado a la Roma de Atalo, fomentando el hambre para forzar a negociar. A Honorio solo le quedaba Rávena y la diócesis de África.

Zósimo relata que “habiendo Heracliano sometido a rigurosa vigilancia todo los puertos de Libia, y como ni trigo, ni aceite, ni ningún otro medio de sustento llegase a Roma, se abatió sobre la ciudad un hambre más feroz que la de antes, al tiempo que quienes ofrecían sus productos en la plaza ocultaban cuanto tenían, en la esperanza de hacerse con las riquezas de todos cuando les fuese concedido fijar libremente los precios. A tal punto llegaron las estrecheces por las que pasaba la ciudad que, ante la perspectiva de probar incluso carne humana, se dejaba oír en la carrera de caballos el grito de *pretium impone carni humanae*, esto es ‘fija el precio a la carne humana’ ”<sup>61</sup>. Entonces “Alarico concedió a los habitantes de la ciudad tres días de mercado, permitiéndoles salir por determina-

57 Zósimo VI, 7. Courcelle, P. *op. cit.*, p. 34.

58 Sozomeno IX, 8 y Zósimo VI, 7.

59 Se discute si es el mismo senador que se opuso a Alarico unos años antes.

60 Zósimo VIII, 2,3.

61 Zósimo. VI, 11. Cfr. Sozomeno IX, 8.

das puertas y accediendo, asimismo, a que se trajese el trigo desde el puerto. Los romanos obtuvieron un respiro y, mediante la entrega de cuanto les resultaba superfluo, compraron lo que necesitaban o lo consiguieron por intercambio con otras cosas, tras lo cual los bárbaros emprendieron la retirada de Roma para clavar sus tiendas en ciertos lugares cercanos a Etruria”<sup>62</sup>.

Finalmente Alarico, disgustado por la forma de tratar la cuestión libia y la derrota en África<sup>63</sup>, tras solo nueve meses de mandato “condujo a Átalo fuera de la ciudad de Rímimi, donde a la sazón residía, le arrebató la corona y lo despojó de la púrpura; una y otra las envió a Honorio...<sup>64</sup>. Asimismo mantuvo a su lado a Gala Placidia, la hermana del emperador “quien de alguna manera estaba en calidad de rehén, si bien disfrutaba de toda suerte de pleitesías y prerrogativas reales”<sup>65</sup>.

Es importante señalar que en tiempos de Atalo hubo un breve resurgir del paganismo en Roma, donde volvieron a festejarse las Saturnales en el 409. “Este florecimiento pagano constituyó un fenómeno minoritario, simple reflejo concomitante del renacimiento de la ideología senatorial (una ideología anclada frecuentemente en los valores del pasado, pero no teñida forzosamente de paganismo) que se registra bajo el régimen de Atalo”<sup>66</sup>.

Ante el desarrollo de los acontecimientos Honorio se decidió a negociar nuevamente con Alarico, convocándole a Rávena. Zósimo describe que “mientras, Alarico, arrepentido de su marcha sobre Roma, enviaba a los obispos de cada ciudad con objeto de que hiciesen de embajadores e instasen simultáneamente al emperador a no consentir que fuera entregada a los bárbaros, para su aniquilación, la ciudad dueña durante más de mil años de la mayor parte de la tierra, ni fueran destruidos por el fuego enemigo tan magníficos y venerables edificios, antes bien, que accediese a la paz bajo condiciones sumamente moderadas. Pues, aducían, el bárbaro no solicitaba magistraturas ni dignidades, ni actualmente pretendía ya entrar en posesión de las provincias de antes, sino sólo de

62 Zósimo. *Nueva historia*. V, 42. 2-3. Obviamente todo el párrafo es una defensa más de la actitud imperial, notoria en toda la obra de este historiador.

63 Zósimo. VI, 9, 2.

64 *Idem*. VI, 12.

65 *Ibidem* VI, 12.

66 Candau, J.M., en Zósimo. *Nueva historia*. Madrid, Gredos, 1992, p. 519, nota 25.

los dos Nóricos, situados en un extremo del Danubio, sometidos a continuas incursiones y de escaso rendimiento tributario para el Estado; además, en cuanto a trigo recibiría cada año tanto cuanto el emperador estimase suficiente. Renunciaba, por otra parte, al oro, y habría amistad y alianza entre él y los romanos, frente a todo el que tomase las armas y se alzase en guerra contra el Imperio<sup>67</sup>.

Pero en las cercanías de Rávena el *rex* godo fue asaltado por Saro, un ex caudillo visigodo enemistado con Alarico y ahora al servicio de Roma, con 300 hombres de su séquito personal<sup>68</sup>. Este hecho fue el *casus belli* que dio origen al tercer –y definitivo– asedio de Roma<sup>69</sup>. Este sitio duró cinco meses provocando hambre (¿casos de canibalismo?) y plagas (¿cólera?) a la población<sup>70</sup>.

Mientras “los bárbaros descargaban sobre el país y sus habitantes su rabia y su deseo de venganza y de botín”<sup>71</sup> Alarico estableció su cuartel general sobre la vía Salaria, no lejos de la puerta de ese nombre, que se encontraba a la derecha de los jardines de Sallustio, dentro de las murallas, y a la izquierda del antiguo campo de los pretorianos, ahora en desuso<sup>72</sup>.

Entretanto como no llegaba la esperada ayuda ni de Rávena ni de Constantinopla “poco a poco, silenciosamente, la esperanza comenzó a morir y la tragedia de Roma se inició”<sup>73</sup> y finalmente el 24 de agosto del 410 – el año 1164 de la fundación de Roma según Orosio– se produjo la entrada de los visigodos en Roma “al son de sus trompetas y de los cantos salvajes que ordinariamente señalaban su llegada”<sup>74</sup>.

Las fuentes coinciden que los godos entraron gracias a que por traición les fue abierta la Puerta Salaria<sup>75</sup>. “Más tarde, los rumores más fantasiosos encontraron sujetos culpables. Según una versión, se trataba de esclavos godos, introducidos en el lugar; según otros, la instigadora del complot fue una noble romana, Anicia

67 Zósimo. V, 50, 2-3.

68 Zósimo VI, 13, 2. Cfr. Heather, P. *op. cit.*, p. 293.

69 Cfr. Lamendola, F. *L'invasione di Alarico...*, p. 75.

70 Olimpiodoro, fragm. 2.

71 Lamendola, F. *L'invasione di Alarico...*, pp. 75-76.

72 Thierry, A. *Alaric. L'agonie de l'Empire*, París, Didier et Cie Editeurs, 1880, p. 441.

73 Lamendola, F. *op. cit.*, p. 21.

74 Pelagio. *Ad Demetrium* 30. Cfr. Thierry, A. *op. cit.*, p. 444.

75 Sozomeno IX, 9.

Proba Faltonia; los ejecutantes, sus esclavos: ella lo habría hecho por caridad<sup>76</sup>. Esta calumnia fue sin duda lanzada por algún pagano partidario de Atalo, contra el cual los *Anicii* habían dirigido la oposición<sup>77</sup>.

La ciudad fue saqueada durante tres días –probablemente más por los esclavos que la habían abandonado pasándose a los visigodos– y sobre este hecho hay diferentes versiones que parecen lejanas o interesadas. Para san Jerónimo, a quien le llegaron las noticias a Jerusalén como a san Agustín al África, se trató de una verdadera carnicería<sup>78</sup>.

Para el también contemporáneo Orosio fueron incendiados los edificios pero el incendio de Roma ordenado por Nerón había sido mucho más destructivo. Según Procopio de Cesarea los visigodos prendieron fuego a múltiples casas próximas a las puertas, entre ellas la casa de Cayo Sallustio Crispo, el autor de la obra ‘La Conjura de Catilina’ y ‘La guerra de Yúgurta’<sup>79</sup> y según el relato de Sócrates, historiador eclesiástico griego, los visigodos saquearon Roma de manera brutal “incendiando el mayor número de estructuras magníficas y otras admirables obras de arte contenidas en la ciudad<sup>80</sup>; se apoderaron del dinero y de otras obras de valor y se las llevaron consigo. Muchos de los principales senadores fueron ajusticiados por pretextos varios<sup>81</sup>. El incendio de los templos y monumentos consagrados a los dioses, produjo un horror supersticioso en el corazón de los paganos: el Foro fue fulminado, y las estatuas que lo decoraban arrancadas de sus bases y tiradas en la plaza<sup>82</sup>.

Agustín de Hipona, que recibió noticias de primera mano, afirmó que jóvenes y religiosas fueron violadas<sup>83</sup> y Jerónimo de Stridón destaca que Démétrias, la nieta de Anicia Proba no fue violada<sup>84</sup>.

76 Procopio. *Historia de los vándalos*. III, 2. Era una cristiana emparentada con la familia de los Anicii, la más rica de Roma. Sus tres hijos habían sido cónsules sucesivamente (Cfr. Thierry, A. *op. cit.*, p. 442).

77 Jerónimo. *Epist. A Demetrium*. CXXX, 7; PL XXII, IIII. Courcelle, P. *op. cit.*, p. 35.

78 Ep. 127. *A Principia*.

79 III, 2.

80 Estudios arqueológicos recientes lo confirman según Laméndola, F. *L'invasione di Alarico...*, p. 83.

81 *Historia ecclesiastica* III, 10.

82 Thierry, A. *op. cit.*, p. 446.

83 *La Ciudad de Dios*. I, 16. Cfr. Thierry, A. *op. cit.*, pp. 446-447.

84 *Epist ad Demetriadem*. CXXX,5; PL XXII, 1109.

Más tarde Jordanes –historiador de los godos–, en cambio narrará: “Finalmente entran en Roma y Alarico da orden de que solamente la saqueen, pero no permite que la incendien, como suelen hacer estos pueblos, ni que se cometa afrenta alguna contra cualquier cosa que se encuentre en los lugares sagrados”<sup>85</sup>.

Pero más allá de las características del saqueo es interesante destacar que el arriano Alarico ordenó se respetasen las basílicas de los apóstoles Pedro y Pablo<sup>86</sup>, convertidas en lugar de asilo inviolable<sup>87</sup>.

Para Sozomeno el respeto de los templos “fue la única causa que impidió la entera demolición de Roma y los que se salvaron, que eran muchos, reconstruyeron la ciudad”. Para él, Alarico, en cierta manera, respetó la sacralidad de la ciudad<sup>88</sup>.

Orosio agrega que al enterarse Alarico que habían sido robados algunos vasos sagrados de la basílica petrina “ordenó restituir enseguida a la basílica del apóstol cuantos vasos hubiese y también que la virgen y todos los cristianos que se le unieran fueran conducidos con custodia. El edificio, según dicen, distaba mucho de los lugares sagrados, media ciudad los separaba. Y así, con gran aparato, todos portaron y exhibieron sendos vasos de oro o de plata sobre sus cabezas. La piadosa procesión marchó bajo la protección de las espadas desenvainadas. Romanos y bárbaros cantaron juntos en público un himno a Dios”<sup>89</sup>.

Por Agustín sabemos que “muchos paganos hicieron profesión de fe, o simularon por su actitud una creencia que abandonaron cuando el peligro pasó”<sup>90</sup>, motivando las quejas del obispo de Hipona. En “La Ciudad de Dios” –al narrar la importancia que tuvieron los templos como lugar de asilo– Agustín aclaró que “los godos perdonaron la vida a tantísimos senadores, que nos

85 Jordanes. *Getica*, XXX, 156.

86 Isidoro de Sevilla, en su *Crónica*, pone en boca de Alarico: “Yo hago la guerra a los hombres y hago la paz con los apóstoles” (cit. Thierry, A. *op. cit.*, p. 445).

87 “Pero, por respeto al apóstol san Pedro, no osó tocar la basílica que está alrededor de su tumba, donde muchas personas se refugiaron, y fue allí mismo donde construyeron después una nueva ciudad sobre las ruinas de la antigua” (Sozomeno. *Historia eclesiástica*. IX, 9) Cfr. Orosio VII, 39.

88 Sozomeno IX, 9.

89 Orosio XXXIX, 7-9.

90 “Fingieron ser cristianos” según Isidoro de Sevilla. *Cronica* Cit. Thierry, A. *op.cit.*, p. 452.

extraña mucho que dieran muerte a alguno<sup>91</sup> y precisó que “por consiguiente, todo lo que tuvo lugar en el último saqueo de Roma –ruina, sangre, robo, fuego y aflicción– es obra del estilo bélico. Empero, lo que se realizó con un estilo nuevo, como el elegir y determinar las espaciosísimas basílicas que había de llenar el público agraciado con el perdón, donde no se matase a nadie ni a nadie se robase. Adonde eran conducidos muchos por los piadosos enemigos para librarse y de donde no era sacado ninguno para verse en manos de los enemigos crueles, esto debe ser atribuido al nombre de Cristo y a los tiempos cristianos. Quien no ve esto, está ciego; el que lo ve y no lo alaba es ingrato; y el que resiste al que lo alaba, insano<sup>92</sup>”.

91 *La Ciudad de Dios*. III, 29.

92 *La Ciudad de Dios*. I, VII. “Y esto precisamente porque de esta ciudad proceden los enemigos contra quienes hemos de defender la Ciudad de Dios. De entre los cuales, unos, enmendando el yerro de su impiedad llegan a ser buenos ciudadanos en esta; otros, empero, arden en odio tan fogoso contra ella y son tan ingratos a los evidentes beneficios de su Redentor, que hoy en día no podrían pronunciar palabra contra ella, si, cuando huían del hierro hostil, no hubiesen hallado su vida, de la que tanto se ufanan, en sus sagrados templos. ¿O es que no son enemigos de Cristo aquellos mismos romanos a quienes los bárbaros, por respeto a Cristo, perdonaron la vida? Testigos son de esto las capillas de los mártires y las basílicas de los apóstoles que en aquella destrucción de la Urbe acogieron a cuantos en ellas se refugiaron. Tanto suyos como ajenos. Hasta allí llegaba la furia encarnizada del enemigo; allí ponía fin el exterminador a su saña; allí llevaban los misericordiosos enemigos a quienes habían perdonado la vida fuera de aquellos lugares, para que no cayesen en manos de los que no tenían tal misericordia. Aun estos mismos, que en las demás partes eran inhumanos y causaban estragos a fuer de enemigos, en llegando a aquellos lugares, donde les estaba vedado lo que por derecho de guerra les estaba permitido en otras partes, refrenaban toda la furia de su espada y se deshacía su cupicidad de cautivar. De esta manera escaparon muchos que ahora infaman los tiempos cristianos e imputan a Cristo los males que sufrió aquella ciudad. Empero, el beneficio de perdonarles la vida por reverencia a Cristo no se lo atribuyen a nuestro Cristo, sino a su hado, cuando en realidad debieran, si pensasen con cordura, atribuir los trabajos y durezas que les han infligido los enemigos a la divina Providencia, que suele corregir y acrisolar con las guerras las depravadas costumbres de los hombres. Además, suele ejercitar la vida justa y loable de los mortales con tales tribulaciones, para, una vez probada, o llevarla a mejor vida o dejarla aún en la tierra para otros fines. Y el haberles perdonado la vida los fieros bárbaros, contra el estilo de la guerra, por el nombre de Cristo, dondequiera que los hallaron o por lo menos en los lugares dedicados a Cristo, muy espaciosos y escogidos por eso para refugio de la muchedumbre mostrando así una misericordia más generosa aún, esto debieran atribuirlo a los tiempos cristianos. De este hecho debían tomar ocasión para dar gracias a Dios y acudir sin fingimiento a su nombre, para huir de las penas del fuego eterno. Porque, aun entre esos mismos que ves con petulancia y desvergüenza burlarse de los siervos de Cristo, hay muchos que no se hubiesen escapado de aquella matanza y ruina sin haber fingido ser siervos de Cristo. Y ahora ¡oh soberbia desagradecida y sacrílega locura!, se oponen con corazón perverso a su nombre, haciéndose reos de las tinieblas eternas, nombre al cual se habían acogido de palabra o con dolo para gozar de la vida temporal” (*La Ciudad de Dios*. I, 1).



“Según las fuentes<sup>93</sup>, lo que se produjo a continuación fue uno de los saqueos urbanos más civilizados que se hayan conocido jamás”<sup>94</sup>.

Pero “el paso de Alarico había dejado en Roma más un desastre moral que ruinas”<sup>95</sup> y es entendible que “estos sucesos podían interpretarse como la venganza de los antiguos dioses”<sup>96</sup>. Y como veremos así lo hicieron muchos contemporáneos.

El saqueo de Roma duró tres días y tres noches<sup>97</sup> y Alarico abandonó la ciudad de las siete colinas a comienzos del otoño para dirigirse al sur de Italia con la intención de trasladarse al África en búsqueda de alimentos. Llevaba múltiples riquezas y a Gala Placidia, la joven hermana del emperador y nieta de Teodosio I<sup>98</sup>, la que más tarde casó con el godo Ataúlfo<sup>99</sup>.

Alarico murió al poco tiempo en Calabria y antes de haber cumplido los cuarenta años. Jordanes trasmite “la leyenda” que para enterrarle desviaron el curso del Busento, ocultando la tumba para siempre bajo su cauce<sup>100</sup>.

“Roma en el 415 ya estaba totalmente restaurada: reconstruidos los edificios destruidos, repoblada con miles de prófugos, en 416 celebró un segundo triunfo de Honorio, asistente a la ignominiosa fin de Atalo y que podía gozar la feliz ilusión de renacer a una segunda juventud. Tal ilusión, que deslumbró hombres como Agustín o Rutilio, paganos y cristianos, y que fue celebrada con el más alto tono de optimismo en las Historias de Paulo Orosio, no resiste a la aprueba del tiempo. Esta sufrió un nuevo golpe mortal con la invasión vandálica del 455, y un tercero, el definitivo, con la de Ricimero en 472, que fue seguida, pocos años después por la destitución de Rómulo Augústulo y la extinción jurídica del Imperio Romano de Occidente”<sup>101</sup>.

93 No coincide Lamendola, F. *L'invasione di Alarico...*, p. 80.

94 Heather, P. *op. cit.*, p. 294.

95 Thierry, A. *op. cit.*, p. 470.

96 Martínez Caveró, P. “Los argumentos de Orosio en la polémica pagano-cristiana”, *Cristianismo y aculturación en tiempos del Imperio romano. Antigüedad cristiana* (Murcia), VII, 1990, p. 321.

97 Orosio. VII, 39, 15 y II, 19.

98 De aproximadamente 26 años. Sirago, V. *Galla Placidia La nobilísima*. Milano, Jaca Books, 1985.

99 Marcellino. *Chronicon*, I, 8.

100 Getica, XXX, 156-58. Sobre el carácter simbólico de su entierro (y el de Atila): Krappe, A.H. “Les funérailles d'Alaric”, *A.J.Ph*, 7, 1939, pp. 229-243.

101 Lamendola, F. *L'invasione di Alarico...*, p. 84.

## LA REACCIÓN

Como señalamos anteriormente un hito fundamental en el tema que nos ocupa fue la batalla de Adrianópolis (378) que planteó por primera vez a los pensadores romanos –paganos y cristianos– la problemática de la decadencia de Roma, la Ciudad Eterna<sup>102</sup>.

Como escribí en otra ocasión “a partir de este hecho que no se compatibilizaba con el favor que los dioses tradicionales habían dispensado a Roma, los pensadores clásicos –y aun los cristianos– comenzaron a plantearse nuevos interrogantes sobre la actitud a adoptar frente al avance de los bárbaros y surgieron nuevas dudas respecto de la eternidad de la ciudad de las siete colinas. El eclipsado mito de Roma resurgió en los ambientes ‘intelectuales’ de la *nobilitas* imperial para confrontar los ánimos decaídos; éstos se arrinconaron tras la defensa de la ecumenidad imperial –idea posteriormente victoriosa en Bizancio– después de los sucesivos fracasos de resucitar la ‘mística imperial’ augustal o sustituirla por la concepción imperial estoica, la proveniente de los cultos orientales y aun por un ordenamiento administrativo emprendido por el hábil Dioclesiano. La situación se agravó aún más –y las críticas contra el cristianismo arreciaron– cuando en el 410 las huestes del *rex* godo Alarico saquearon la ciudad de Roma, dando la impresión de que se ingresaba en los tiempos apocalípticos (llegaba el fin de los tiempos). Después de casi ochocientos años desde la tan nefastamente recordada invasión de los galos, Roma volvía a ser abandonada por sus dioses y caía en manos de los bárbaros”<sup>103</sup>.

Esta preocupación se desarrolló –con enfoques distintos– en autores paganos como cristianos. En el primer caso, los llamados paganos, interesados en restaurar los cultos ancestrales y también rescatar la posición perdida<sup>104</sup> con las medidas pro-cristianas de Teodosio I, recordaron que ya autores antiguos como Polibio, Cicerón o Dion Casio anticiparon una posible caída de Roma. El tema se acentuó con las primeras invasiones del siglo III.

102 Cfr. Chaunu, P. *Historia y decadencia*. Barcelona., Gránica, 1983, espec. pp. 75-77.

103 Hubeñák, F. *Roma. El mito político*. Buenos Aires, Ciudad Argentina, 1997, p. 220.

104 Cfr. Paschoud, F. *Roma Aeterna. Études sus le patriotisme romain dans l'Occident latin a l'époque des grandes invasions*, Institut Suisse de Rome, Roma, 1967.

Después de Adrianópolis (378) uno de los más destacados historiadores de la época, Amiano Marcelino, se lamentaba: “La oscuridad de la noche que se encuentra sin luna...”<sup>105</sup> y medio siglo más tarde Zósimo, un notorio defensor de los cultos ancestrales<sup>106</sup> no dudaba en afirmar que la causa de los males era la impiedad, evidenciada en “el fatal abandono de los ritos tradicionales”<sup>107</sup> a partir de las disposiciones de Teodosio.

Y entre los poetas encargados de cantar las grandezas de Roma Claudio Claudiano, panegirista de Estilicón, en los primeros años del siglo V retomó la temática de la decadencia al escribir: “Ya Roma, temiendo su destrucción y abrumada por habersele negado los cereales, se dirigía al umbral del escarpado Olimpo...”<sup>108</sup>. A su vez recrea el clima de la consulta a los presagios en estos significativos términos: “Y como el temor es locuaz por naturaleza, se narran entonces por todas partes sueños, prodigios de dioses y presagios siniestros. Se preguntan los hombres que anuncian las aves, qué quiere decir a los mortales el éter con su rayo fulminante, que exigen en sus fatídicos versos los libro sibilinos, guardianes del destino de Roma. Aterrán los constantes eclipses de luna y la ennegrecida Febe en invocada numerosas noches con alaridos a través de las ciudades que resuenan en los bronces. Y no creen ellos que haya defraudado a su hermana el Sol, obstaculizando por la interposición del globo terrestre, sino que las brujas tesalias, siguiendo al ejército de los bárbaros, ensombrecen con los hechizos de su patria el resplandor lunar. Luego la preocupación añade a los nuevos prodigios los signos del año anterior y todos los presagios que golpean como piedras, abejas que cambian de lugar el enjambre, por todas partes, incendios sin causa alguna que consumen las casas abrasadas y un cometa –nunca se contempló en el cielo sin que causara daño– que, tras elevarse primero desde el rosado nacimiento de Febo..., hasta que se desvaneció extinguiéndose en un débil resplandor... Pero el miedo, mal intérprete de los acontecimientos, leía todos los augurios en un sentido peor: que los miembros mutilados y la loba nodriza

105 XIX, 10. Cit. Lamotte, J. “Le Mythe der Rome ‘Ville Eternelle’ et Saint Augustin”, *Agustiniiana*, 11, 1961, p. 236 y p. 228, nota 6.

106 Cfr. Hubeňák, F. “La deconstrucción del mito de Constantino: Zósimo, Gibbon y Burckhardt”, *Polis* (Alcalá de Henares), 24, 2012.

107 Mazzarino, S. *El fin del mundo antiguo*. México, U.T.E.H.A., 1961, p. 58.

108 Cit. Lamotte, J. *op. cit.*, p. 227.

amenazaban a Roma y su imperio. Calculan entonces los años y, tras detener el vuelo de los buitres, abrevian el número de los siglos con un término apresurado. Está Estilicón solo quien, augur, prometía con su brazo mejores destinos a los desesperados, y fue al mismo tiempo caudillo y profeta de una salvación dudosa<sup>109</sup>.

No hay duda que para Claudiano “los destinos fijan un término a las invasiones anunciadas por medio de prodigios y las amenazas se disipan”<sup>110</sup> porque está Estilicón, “el salvador”, “...es el hombre que salvó a Roma, la salvará ahora: este héroe, un bárbaro”<sup>111</sup>.

En este contexto es entendible la revitalización del mito de la eternidad de Roma anunciado por Virgilio<sup>112</sup> y renovado ante la crisis. Sayas expresa que para “atajar o contrarrestar ese sentimiento de crisis experimentado ante la acción de los factores desintegradores internos y externos que están carcomiendo la estabilidad del Imperio, algunos autores, tanto cristianos como paganos, se refugian, con motivaciones diversas, en el tópico esperanzador de la eternidad de Roma, lo que les proporciona una confianza psicológica en la posibilidad de frenar la descomposición del Imperio. Este es el caso, por ejemplo, de Amiano Marcelino (en: XIV,6,1; XV, 7,1,XV,7,10; XVI 10,14; XIX,10, 1; xxvi, 3,1; XXVIII, 1,1; XXVIII, 1, 36; XXVIII, 1, 56 XXIX, 6,17) o *caput mundi* (XIV, 6, 23)”<sup>113</sup>.

Finalmente debemos mencionar a Rutilio Namatiano, quien llegó a desempeñarse como prefecto de la urbe en tiempos de Honorio (412/3) y fue testigo personal del saqueo de Alarico<sup>114</sup>.

A diferencia de Claudiano, Rutilio considera a Estilicón un enemigo por haber atacado las *arcani imperii* eliminando los libros sibilinos<sup>115</sup> “guardianes de los destinos de Roma”<sup>116</sup> pero fundamen-

109 *De bello Getico*. 225-270.

110 *De bello Getico*. 50 ss. Cit. Lamotte, J. *op. cit.*, p. 234.

111 *Laudatio Stiliconi* III, 51.

112 Cfr. Hubeňák, F. *Roma. El mito político*.

113 Sayas, J. J. *La conciencia de la decadencia y caída del Imperio por parte de los romanos*, en: *interclassica.um*, espec., p. 47.

114 Cfr. Ribagorda, M. *op. cit.*, p. 180.

115 Los libros sibilinos originales fueron destruidos en un incendio en el año 83 a.C. y fue reconstruida una nueva colección que Augusto hizo colocar en el templo de Apolo. Y los que Estilicón hizo destruir después del 402. La última vez que fueron consultados oficialmente según los registros fue en tiempos de Juliano, en el 363.

116 *De bello Gotico*. 231-232. Cfr. Mazzarino, S. *La política religiosa di Stilicone*; en: R.I.L. LXXI, 1938.

talmente le interesa recuperar la esperanza y el valor de los romanos tras el desastre. En 417 escribió: “Levanta ¡oh Roma! tus cabellos laureados...que el olvido de las afrentas a tí inferidas oculte los dolorosos reveses y el desprecio del dolor restañe y cicatrice tus heridas... Lo que no puede hundirse resurge con renovado brío y salta empujado aún más arriba desde las más profundas simas. Y así como una antorcha recobra nuevas fuerzas cuando se la inclina, así tú, tratas de alcanzar los cielos aún más esplendorosos tras un suceso humillante”<sup>117</sup> y “el poeta termina con un llamamiento a las armas: ‘No temamos, pues hemos salido huyendo en un primer envite, reafirmar el pie y lanzarnos a un segundo combate’ ”<sup>118</sup>.

Para Gage “la eternidad de Roma se convirtió, en todo caso, en un dogma durante el Bajo Imperio, dogma político más que religioso”<sup>119</sup>.

Pero no fue menor la conmoción entre los cristianos que habían prometido que la cristianización del Imperio favorecería a los romanos y en cambio, permitió el saqueo de Roma<sup>120</sup> y la acusación por parte de los paganos. Evidentemente muchos no sabían que responder.

Adrianópolis, a su vez, significó una severa crisis a la concepción cosmovisional de Eusebio de Cesarea<sup>121</sup> y a toda la teología política providencialista por él elaborada<sup>122</sup> a la vez que replanteaba, desde la óptica cristiana, una visión de la decadencia, claramente apocalíptica.

En un sentido ya Cipriano, el obispo de Cartago, a mitades del siglo III, había escrito: “Debes saber que ha envejecido ya este mundo. Ya no tiene las fuerzas que antes lo regían; no tiene ya el vigor y la fuerza por la que antes se sostuvo, aun si nosotros los cristianos no hablamos y no exponemos las admoniciones de las Sagradas

117 I, 119/20 y 130/34. cit. Heather, P. *op. cit.*, p. 302.

118 Cit. Heather, P. *op. cit.*, p. 303.

119 Gagé, J. “Le ‘Templum Urbis’ et les origines de l’idée de ‘Renovatio’ ”, *Melanges Cumont*, Bruxelles, 1936, p. 169.

120 Cfr. Lamotte, J. *op. cit.*, p. 258.

121 Cfr. Hubeňák, F. “Eusebio de Cesarea y la construcción del mito de Constantino”, *Polis* (Alcalá de Henares), 23, 2011 y “La ideología política de Constantino y/o Eusebio de Cesarea”, *XXIV Semana de Estudios Romanos*. Universidad Católica de Valparaíso. Septiembre de 2010.

122 Cfr. Farina, R. *L’Impero e l’imperatore cristiano in Eusebio di Cesarea*. Zurci, Pas, 1966.

Escrituras y de las profecías divinas, el mismo mundo ya habla por sí y aun los hechos mismos documentan su ocaso y derrumbe”<sup>123</sup>.

Este enfoque apocalíptico –ya existente en la última literatura vterotestamentaria– y en el judaísmo pre-cristiano abrevaba fundamentalmente en las profecías de Daniel y en el Apocalipsis del apóstol Juan<sup>124</sup>.

Uno de los pensadores cristianos que más trabajo el tema fue el romano Hipólito, quien en el siglo III supo unificar ambos textos en una interesante explicación apocalíptica del fin de Roma, fijando “curiosamente” el plazo hacia el año 500<sup>125</sup>. Paralelamente otros autores intentaron demorar los plazos de este final ineludible. Recordemos que según la interpretación cristiana ningún reino humano es eterno, solo Dios y por ello todos concluirán; Roma incluida. Lo único posible era tratar de demorar ese tiempo, como lo explicó Tertuliano<sup>126</sup>.

Otro autor cristiano contemporáneo de renombre, Lactancio, en sus *Instituciones Divinas*, hizo conocer e interpretó una antigua profecía oriental anti-romana: el oráculo de Histaspes. “Al referirse al papel de Roma, en la obra citada relata «El motivo de esta devastación será éste: el nombre de Roma, que ahora domina sobre el mundo –horroriza decirlo, pero lo diré porque así va a suceder–, será arrancado de la Tierra, el imperio volverá al Asia (*traslatio*) y de nuevo el Oriente dominará y el Occidente será esclavo. Y a nadie debe extrañar que un imperio que tiene tan sólidos cimientos, que ha crecido durante tanto tiempo gracias a tantos y tan extraordinarios hombres y que finalmente se ha consolidado con tantos recursos, termine algún día en la ruina. Y es que no hay nada hecho por fuerzas humanas que no pueda ser destruido igualmente por fuerzas humanas, ya que las obras de los mortales son mortales. Así sucedió que otros imperios a pesar de haber florecido largo tiempo, desaparecieron. Efectivamente,

123 San Cipriano. Cit. Mazzarino, S. *El fin del mundo antiguo*. México, U.T.E.H.A., 1961, p. 33.

124 Cfr. Hubeňák, F. “Historia, Política y profecía: Roma y los grandes imperios antiguos a la luz de las predicciones del profeta Daniel”, *Hispania sacra*, XXVLLL, 97, 1996, pp. 945-1120.

125 “Aproximándose bastante en sus cálculos al momento real del fin del Imperio de Occidente” (Sayas, J. J. *op. cit.*, p. 52).

126 Cfr. Hubeňák, F. *Roma. El mito político*, *cit.*

se nos ha transmitido que los egipcios, los persas, los griegos y los asirios gobernaron sobre la Tierra; tras la destrucción de todos ellos, el imperio llegó a los romanos; y éstos, en la misma medida en que superan a todos los demás reinos en magnitud, en esa misma medida será mucho mayor su caída, ya que lo que está más alto que lo demás cae con más peso»<sup>127</sup>.

“A partir de estas nuevas interpretaciones resultaba evidente que el Imperio no podía seguir siendo considerado eterno como lo creían los paganos, pero ahora se afirmaba –en la línea enunciada por el obispo Optado de Mileve– que duraría hasta el fin del mundo, como lo habían profetizado Daniel y Pablo. De este modo el cristianismo rescataba una parte fundamental del mito de Roma”<sup>128</sup>.

Paralelamente un poeta cristiano de formación clásica como Comodiano había escrito un *Carmen apologeticum* hacia el 260. Allí –ante la proximidad de los bárbaros– anticipaba que se convertirían en “una amenaza contra ‘Roma’, o sea, contra todo el Imperio; una febril ansia le hacía recorrer los tiempos. En realidad, un siglo y medio después, los godos de Alarico (ya cristianos, no paganos como los descritos por Comodiano) atacarían de golpe el Imperio que no era ya perseguidor. ‘Principio del fin’ será la séptima persecución contra nosotros: he aquí que ella toca a la puerta y se ciñe en la espada: (por castigo divino), ella hará pasar el río a los godos que irrumpen (en el Imperio). Con ellos estará el rey Apolión, de nombre terrible, el cual, en medio de las armas, acabará la persecución contra los cristianos. Se mueve hacia Roma en muchos millares de hombres y por decreto de Dios los subyuga y los hace prisioneros. Muchos de los senadores, prisioneros, llorarán, entonces: blasfeman contra el Dios del cielo, vencidos por el bárbaro. Sin embargo, estos paganos (godos) dan alimento a los cristianos, que ellos buscan alegremente como a hermanos, prefiriéndolos a los lujuriosos adoradores de ídolos falsos. Efectivamente, los godos persiguen a los paganos y ponen bajo el yugo al Senado. Estos males se abaten sobre aquellos que han perseguido a los cristianos; en el término de cinco meses, los perseguidores son muertos por el enemigo”<sup>129</sup>.

127 VII-15, 19. cit. Hubeňák, F. Roma. *El mito político...*, pp. 234-235.

128 Hubeňák, F. *op. cit.*, p. 235.

129 cit. Mazzarino, S. *El fin del mundo antiguo*, p. 38.

A la perspectiva del fin de Roma –con un enfoque claramente apocalíptico– adhirieron, a su manera, Ambrosio de Milán<sup>130</sup>, Jerónimo de Stridón<sup>131</sup> y también Paulo Orosio<sup>132</sup>. Esta teoría retomaba la imagen del profeta Daniel y su aplicación a una concepción temporal de la historia<sup>133</sup>.

Como es evidente “las invasiones incorporaban un nuevo elemento en el campo de las relaciones entre los cristianos y la cultura clásica, los bárbaros. La primera respuesta cristiana ante esta nueva problemática parece deberse a san Ambrosio, obispo de Milán y consejero de emperadores, quien no vaciló en explicar la batalla de Adrianópolis en el contexto apocalíptico y en su *De officiis* defendió la identidad entre el Imperio y la fe, afirmando que ‘un nuevo diluvio’ amenazaba al mundo romano... un diluvio de pueblos cuyos orígenes son lejanos; una brusca plaga endémica en la que reposa el arca antigua, testimonio del primer diluvio... pero contra estos bárbaros salvajes emergidos de la lejanía del desconocido Oriente o del frío Septentrión silencioso, que encarnan la potencia diabólica en el mundo, la Romanidad cristiana debe erguirse y retornar a la sombra del signo triunfal de la cruz vestigio de su ‘pristina virtud’ ”<sup>134</sup>. En este mismo contexto Ambrosio explicaba a su discípulo –el emperador Graciano– que había llegado la hora del Apocalipsis y que la lucha contra los bárbaros era una nueva ‘guerra santa’, apoyándose en el texto de Ezequiel (XXXVIII, 1/22) de la lucha entre el Bien y el Mal (Gog y Magog) e identificado a los godos con Gog”<sup>135</sup>. Para él, en el 378, estaban ante “los primeros síntomas de la caída de la civilización antigua como signos innegables del fin del mundo (*et ideo finem videmus*)”<sup>136</sup>.

Ambrosio “vio a los godos representados en el pueblo de Magog del que hablara Ezequiel. Ellos eran los *hostes extranei*; *hostes domestici*, por el contrario, eran las pasiones, la primera de todas la

130 En su comentario al Evangelio de san Lucas escribió: “estamos en el ocaso de los tiempos”.

131 Epist 127; 123; In Dan, II, 7; VII, 7-8. Cfr. Demougeot, E. “Saint Jerome, les oracles sibyllins et Stilichon”, *Revue des Etudes Anciennes*, 54, 1952.

132 VII, 39, 3.

133 Cfr. Hubeňák, F. *Historia, Política y profecía...*, pp. 945-1120.

134 Cfr. Cardini, F. *Alle radice della cavalleria medievale*. Firenze, la Nuova Italia, 1982, pp. 122 ss.

135 Hubeňák, F. *Roma. El mito político*, pp. 221-222.

136 Comentarios a Lucas X-14.



ambición de dinero y de dominio, que había alejado a los hombres del camino primitivo y, en el fondo, del derecho natural. «Las palabras celestes tiene los mejores testimonios en nosotros mismos, sobre los que ha caído el fin del mundo. ¡Cuántas guerras y que noticias catastróficas nos cuentan! Los hunos se volvieron contra los alanos, los alanos contra los godos, los godos contra los taifales y sarnados; salidos de sus sedes, los godos han hecho de nosotros mismos, en Ilírica, los exilados en la patria; todavía no se ve el fin de todo esto. Por todas partes carestía, y la infección se abate igualmente sobre hombres y bueyes y sobre los otros animales. Aun nosotros que no fuimos directamente víctimas de la guerra, nos encontramos por la peste en las mismas condiciones que aquellos que la sufrieron, En resumen, estamos en el crepúsculo del siglo y por ello preceden algunos males del mundo. Mal del mundo es la carestía, mal del mundo es la peste, mal del mundo es la persecución. Pero hay guerras también, que el cristiano debe afrontar: las batallas contra la codicia y los conflictos de las pasiones; los enemigos internos son todavía más graves que los externos...Pero el fuerte dice: si se forman ante mí los campamentos, no temerá mi corazón; si contra mí se yergue la batalla, yo tendré mi esperanza»<sup>137</sup>.

Más dramáticamente aún, desde la lejana Jerusalén, Jerónimo de Stridón en una de sus cartas registraba que “mientras estas cosas sucedieron en Jerusalén, llegó desde Occidente el terrible rumor el asedio de Roma. Sus ciudadanos se habían rescatado a precio de oro; pero, ya saqueados una vez, fueron saqueados de nuevo con peligro de no perder solamente su subsistencia sino también sus vidas. Mi voz se ahoga en sollozos mientras estoy dictando esta carta. Fue conquistada la capital que conquistó al mundo entero, mejor dicho, cayó por hambre antes de caer por la espada, y los vencedores sólo encontraron pocos para tomarlos prisioneros. La extrema necesidad empujó a los hambrientos a buscar inefable alimentos; los hombres se devoraron sus propias carnes, y las madres no perdonaron a los lactantes en sus pechos; y recibieron en su cuerpo lo que su cuerpo antes había dado a luz. «Señor, las gentes han irrumpido en vuestra heredad y han profanado vuestro santo templo»<sup>138</sup> y se lamentaba: “Mi voz se ahoga en la garganta, y mientras dicto,

137 Salmo 26, cit. Mazzarino, S. *El fin del mundo antiguo*, p. 46.

138 San Jerónimo. “Epist. CXXVII. A Principia (412)”, en Huber, S. *Cartas selectas de san Jerónimo*. Bs As, Guadalupe, 1945, pp. 493-496.

los sollozos ahogan mis palabras. La Ciudad que conquistó el universo ha sido a su vez conquistada. ¡Que digo? Muere de hambre antes de perecer por la espada. Después de que la más clara luz se hubo apagado, de que la cabeza del mundo haya sido derribada y de que, para hablar más claramente, con una ciudad el Imperio se vio hundido, la voz me falta y me siento desfallecer”<sup>139</sup>.

Pero como más tarde san Agustín interpretaba estos acontecimientos de manera esperanzadora y llamando a la penitencia: “¡Oh, qué gran maldad! ¡El mundo está por perecer, pero en nosotros no terminan los pecados! La Ciudad ilustre y la cabeza del Imperio Romano, se ha consumido en un incendio. No hay país donde no vivan desterrados algunos romanos. Iglesias sagradas en otro tiempo han caído, abrasadas y convertidas en cenizas y pavesas; ¡Y con todo eso seguimos avarientos y codiciosos! Vivimos, como si no hubiese mañana, y edificamos casas y palacios, como si hubiésemos de vivir en este mundo para siempre. Las paredes resplandecen con oro, con oro las bóvedas, con oro los capiteles de las columnas; ¡Y delante de nuestras puertas está Cristo desnudo y padeciendo de hambre en los pobres”<sup>140</sup>.

En un intento integrador de ambas posiciones el poeta hispano Aurelio Prudencio Clemente –en ocasión del fracaso de Alarico en Pollentia en el 402–, y a escasas dos décadas del retiro de la estatua de la Victoria del Senado por presión de san Ambrosio en el *Contra Symmachum*<sup>141</sup>, tras cantar loas a la Roma *aeterna* en los términos de la tradición antigua, retomaba la tesis ‘pagana’ del papel providencial del Imperio y planteaba la *renovatio* cristiana”<sup>142</sup>.

“Como ha observado Paschoud<sup>143</sup>, ningún cristiano irá más lejos que Prudencio en la aceptación de los dogmas de universalidad y de eternidad de los nacionalistas paganos”<sup>144</sup>.

139 *Com. In Miqueam* I.4; PL XXV, I, 187.

140 San Jerónimo. “Epist. CXXVIII. *A Gaudencio* (414)”, en Huber, *S. Cartas selectas...*, p. 416.

141 Cfr Hubeñák, F. “El affaire del altar de la Victoria. Uno de los últimos estertores de la Romanidad pre-cristiana”, *XX Semana de Estudios Romanos*. Universidad Católica de Valparaíso. Octubre de 2002. vol. XIII, pp. 223-254.

142 Hubeñák, F. *Roma. El mito político*, p. 222.

143 *Op. cit.*, p. 226.

144 Oroz Reta, J. “La Romanidad de San Agustín”, *Estudios Clásicos*, 78, nov. 1976, p. 361.

Todas estas posiciones se ven con mucha mayor claridad en san Agustín, quien como obispo de Hipona, en el norte de África, se encontró con muchos refugiados huidos de Roma que contaban los males padecidos por la ciudad eterna<sup>145</sup>. Como vimos esta cuestión le llevó a redactar *La Ciudad de Dios*.

Agustín trató de consolar a los cristianos y dar respuesta a las acusaciones de los paganos. Poco antes de morir escribió sus retractaciones, en las que –al justificar la redacción de la Ciudad de Dios–, precisó su perspectiva aclarando que “en el entretanto Roma fue destruida por la invasión e ímpetu arrollador de los godos, acaudillados por Alarico. Los adoradores de muchos dioses falsos, cuyo nombre, corriente ya, es el de paganos, empeñados en hacer responsables de dicho asolamiento a la religión cristiana, comenzaron a blasfemar del Dios verdadero con una acritud y un amargor desusado hasta entonces. Por lo cual yo, ardiendo en celo por la casa de Dios, tomé por mi cuenta escribir estos libros de la Ciudad de Dios contra sus blasfemias o errores”<sup>146</sup>.

Precisamente la conmoción que provocó la ocupación y saqueo de la ciudad eterna y la magnitud de las discusiones con los últimos representantes del paganismo fue tal que mereció, en el mismo 410, cuatro sermones de san Agustín –fundamentalmente los sermones 81, 105, 296 y 7 y el controvertido *de urbis excidio*<sup>147</sup> pronunciados para intentar una explicación de un hecho tan grave. Poco más tarde comenzó la redacción de su apologética *La ciudad de Dios*, donde el tema es el sustrato evidente de los tres primeros libros<sup>148</sup>.

145 Thierry, A. *op. cit.*, p. 466. “¿Cuál fue en realidad la reacción de san Agustín frente a la toma de Roma en 410? Después del 24 de agosto, masas de refugiados abandonaban Roma y, por razones geográficas evidentes, se dirigían al África. Esas masas se sintieron profundamente impresionadas por la noticia de la caída de Roma, el saqueo de la Ciudad Eterna que, de acuerdo con los oráculos, no debía caer. La noticia provocó las reacciones más violentas. Es fácil imaginar el estado general de angustia, de terror entre aquellas multitudes supersticiosas y demasiado crédulas ante los rumores más absurdos. Sin duda, san Agustín debió de hacerse eco de ese estado de inquietud y desasosiego en su sede de Hipona. Y tuvo que hacerse cargo de ese estado general, ya que el problema religioso estaba en el centro de las recriminaciones de estos refugiados que veían en el Cristianismo al culpable de las calamidades” (Oroz Reta, J. *op. cit.*, p. 362).

146 San Agustín. *Retractaciones*. II-43.

147 Aunque esta obra no se menciona entre los escritos de san Agustín, ni en el Catálogo de san Posidio, la tradición –desde Beda el Venerable– se la atribuye.

148 “Pero la mayoría de los temas desarrollados fueron tratados en germen en diversos sermones y cartas que datan de fines del 410 y años siguientes. Agustín solo tuvo que

Agustín no duda en calificar esta época como “tiempos crueles, tiempos inoportunos, tiempos de prueba”<sup>149</sup> “Nos han anunciado cosas horribles. Exterminios, incendios, saqueos, asesinatos, torturas de los hombres. Ciertamente que hemos oído muchos relatos escalofriantes; hemos gemido sobre todas las desgracias; con frecuencia hemos derramado lágrimas, sin apenas tener consuelo. Sí, no lo desmiento, no niego que hemos oído enormes males, que se han cometido atrocidades en la gran Roma”<sup>150</sup>. Pero los considera como preludio de “nuevos tiempos”. Así lo expresa en el célebre sermón 81 donde aclara a sus fieles: “¿Te maravilla que el mundo viene a menos? Maravíllate que el mundo envejeció. El hombre es, nace, crece, envejece. Muchos males surgen en la vejez... Si el hombre envejece está pleno de achaques; si envejece el mundo, está lleno de desventuras. Seguramente Dios no te ha dado bastante, cuando en la vejez del mundo te mandó a Cristo... No sigas ligado al mundo viejo y no rechaces rejuvenecer en Cristo, el que te dice: «El mundo perece, el mundo envejece, el mundo viene a menos, sufre el estertor de la vejez. No temas. Tu juventud se renovará como las águilas». El pagano observa: Roma muere en el tiempo cristiano. Roma no muere: fue flagelada, no muerta; fue castigada, no destruida. Roma no muere si los romanos no perecen. Y ellos no perecerán si alaban a Dios; perecerán si blasfeman ¿Qué es Roma sino los romanos? No se trata de piedras y de madera, de altas torres y de larguísimos muros. Estos se hicieron para ser destruidos. El hombre, al edificar puso piedra sobre piedra y al destruir, separó piedra de piedra. Un hombre hizo aquellas cosas (piedras y madera, torres y muros) y un hombre las destruyó ¿Se injuria a Roma porque se dice que cayó? No, a Roma no, en todo caso al artífice de ella”<sup>151</sup>. De este modo trataba de tranquilizar a los cristianos asustados con el fin de Roma que –como vimos– consideraban el fin de los tiempos

Ante la argumentación pagana de que el fin de Roma era el fin de los tiempos por culpa del abandono de las divinidades ancestrales, Agustín escribió “Roma pereció al mismo tiempo que sus dioses, aseguran los paganos”. Pero no cayeron Alejandría, Antio-

---

sistematizar sus ideas para escribir una gran obra” (Courcelle, *P. op. cit.*, p. 49).

149 Sermón LXXX, 8.

150 San Agustín. *De urbis excidio*. II, 3.

151 Sermón 81. cit. Mazzarino, S. *El fin del mundo antiguo*, p. 65.

quia, Constantinopla, Cartago que están florecientes, aunque abjuraron del paganismo"<sup>152</sup>. Todo lo que debo decir es que Roma es precedera, como lo reconoce Virgilio (*Geórgicas* II, 498) como todos los imperios. Jesús mismo anunció que vendrá un día en que se sublevará pueblo contra pueblo y reino contra reino (Mc XIII, 8)"<sup>153</sup>.

Por ello, al considerar el hecho como parte del plan de Dios, les pide: "Soportemos entonces lo que Dios tenga permitido que soportemos"<sup>154</sup>.

"Lo que pereció en Roma, aclara Agustín, repitiendo una frase de la Eneida, son solo las cosas: los edificios de piedra y de madera, los hombres mortales (Civ. Dei II, 2); esto no es forzosamente el Imperio romano. El patrocinio de los santos Pedro y Pablo salvó a la ciudad, los romanos están obligados a rezar (Sermón CCXCVI, 5, 6)... Pero Roma podrá subsistir si los romanos se convierten y cesan de blasfemar, que es Roma sino los romanos? Agustín se niega a aceptar un triunfo inmediato de los Bárbaros, pero no cree en la eternidad del Imperio: «Puede ser que no sea el fin de la ciudad; pero un día llegará» (Sermón LXXXI, 9; PL XXXVIII, 505)"<sup>155</sup>.

Como señala Oroz Reta "se ve muy claro que para San Agustín la realidad de la *Roma aeterna*, la *urbs aeterna*, no pasa de ser un mito y una leyenda que choca con la misma realidad de los acontecimientos. En modo alguno se puede aceptar la eternidad de una ciudad ni de un Imperio construido por manos del hombre; jamás las obras del hombre son eternas...La ciudad de Roma estaba al servicio de los hombres, era una construcción humana y como todas las obras humanas era precedera y caduca"<sup>156</sup>.

"Para el autor de la Ciudad de Dios es evidente que el ciclo de Roma se ha terminado (Civ. Dei I, 34, 1). El destino de la Roma terrestre ha llegado a su fin, y la Ciudad Eterna ha entrado en su ocaso como todas las cosas creadas por los hombres. Pero eso no implica en modo alguno el final y el ocaso de la Humanidad"<sup>157</sup>.

152 Sermón CV, 9, 12.

153 cit. Courcelle, P. *op. cit.*, p. 55.

154 San Agustín. *De urbis excidio*. VIII, 9.

155 Courcelle, P. *op. cit.*

156 Oroz Reta, J. *op. cit.*, p. 365. Cfr. Lucero, M. C. "La visión de los contemporáneos del saqueo de Roma del 410", *Semanas de Estudios Romanos*, Valparaíso, v. XIII, 2006, p. 262.

157 Oroz Reta, J. *op. cit.*, p. 365.

“Movido también por ese espíritu, encomendará a su discípulo Pablo Orosio<sup>158</sup> que escriba la historia de mundo para probar que siempre ha habido catástrofes y, a pesar de todo, la Humanidad seguía viviendo”<sup>159</sup>. El resultado fue la *Historiae adversus paganos* consistente en “un inventario de hechos perniciosos acontecidos en tiempos paganos a fin de desmitificar su recuerdo”<sup>160</sup>.

Como escribiera en otra ocasión, en Orosio “encontramos resaltada, una vez más, la figura de Augusto como eje de la historia romana y prefigurando el papel de Cristo como epicentro de la historia, tiempo antes de su utilización cronológica por Beda el Venerable (672-735) ocurrida tres siglos más tarde. Del mismo modo que su maestro Agustín, el historiador hispano, al analizar las causas de la grandeza de Roma, comienza por interrogarse sobre el papel que le cupo a los dioses tradicionales y escribe: «...estos dioses, a los que ellos consideraban grandes, a pesar de que ayudaron propicios al Estado romano...cuando se apartaron, ese mismo Estado se hundió» y acentúa su ineficacia cuando afirma que «los emperadores ordenaron que cesaran los ritos sagrados, que se cerraran los templos; por ello los dioses todos, gracias a los cuales se mantenía el Imperio, se alejaron abandonando los templos y los altares»”<sup>161</sup>. Asimismo la concepción orosiana de la historia acepta la tesis de la decadencia, basándose en la teoría de los cuatro reinos del profeta Daniel<sup>162</sup>.

“Pero es la caída de Roma a manos de Alarico en el 410 la principal preocupación orosiana. Las *Historias* son una respuesta ante una conciencia de crisis que se ha apoderado de su época: la *caput mundi*, la *urbs aeterna* había sido saqueada por los godos. Sin embargo, es importante observar que los años que siguen al saqueo del 410 son de una modesta recuperación política, a lo que no es ajeno la contundencia, la resolución, el optimismo que Orosio pone en sus argumentos”<sup>163</sup>.

158 Cfr. Hubeňák, F. “El papel de Paulo Orosio en el pasaje de la Romanidad a la Cristiandad”, *XIX Semana de Estudios Romanos*. Universidad Católica de Valparaíso. Octubre de 2000.

159 Oroz Reta, J. *op. cit.*, p. 366.

160 Martínez Caverro, P. *op. cit.*, p. 321.

161 VI-1, 19-20 y 23. Hubeňák, F. *Roma. El mito político*, p. 228.

162 Cfr. Hubeňák, F. *Historia, Política y profecía...*, pp. 94-120.

163 Martínez Caverro, P. – Beltrán Corbalán, D. “Aproximación al concepto de tiempo en Orosio”, *Lengua e historia. Antigüedad cristiana* (Murcia) XII, 1995, p. 257.

“Saliendo al paso de las imprecaciones de los paganos, Orosio resta importancia a la caída de Roma. Nada ha sucedido que no estuviese previsto: Roma ha sido castigada por mano de Alarico en cumplimiento de los designios divinos, justo castigo a la ciudad blasfema (VII, 38, 7)”<sup>164</sup>. Para Orosio el saqueo no fue obra de los hombres sino un castigo divino (II, 19,15 y VII, 39,18)<sup>165</sup> y Alarico, simplemente, una herramienta en manos de Dios.

Uno de los argumentos más importantes de Orosio “consistió en el hecho de que los bárbaros respetaron la tumba de los apóstoles Pedro y Pablo, acontecimiento que dio pie para conformar la tesis de que éstos eran la garantía de la salvación y duración –y no eternidad– de la ciudad de las siete colinas, y así la Roma de Rómulo y Remo se fue convirtiendo lentamente en la Roma de Pedro y Pablo, de ‘ciudad eterna’ en ‘ciudad santa’... y el mito se fue revitalizando”<sup>166</sup>. Lo más sobresaliente del relato de Orosio es su interpretación del saqueo de Roma por una serie de hechos providenciales.

El tema de los apóstoles reaparece en Paulino de Nola, en su canto a San Félix, patrono de su ciudad: “Él (Félix) es el patrón de la paz; con los venerable Pedro y Pablo y sus hermanos los mártires benditos, suplicó al Rey de reyes para favorecer la duración del Imperio Romano, empujando a los godos, que amenazaban la entrada de Roma, a revertir los roles en su perjuicio, de hacerlos perecer o reducir a la cautividad, porque ellos amenazaron de peor suerte al Imperio Romano»<sup>167</sup>.

Algún tiempo más tarde, “en cuanto al saqueo de Alarico de Roma en el año 410, Casiodoro, adaptando una tradición orosiana, encontraba manera de recalcar la religiosidad de Alarico. Así poco a poco, se atenuaba en el Occidente el trágico recuerdo del 410, el año de la ocupación de Roma”<sup>168</sup>. Casiodoro narra: “Cuando el rey Alarico, satisfecho del saqueo de la ciudad de Roma, recibió de los suyos los vasos del apóstol Pedro, y hecha la indagación supo de qué se trataba, ordenó que se llevaran a la basílica por las mismas

164 Martínez Caverro, P. *Los argumentos...*, p. 321.

165 Courcelle, P. *op. cit.*

166 Hubeňák, F. *Roma. El mito político*, p. 230.

167 Carmen XXI, 4/12. Courcelle, P. *op. cit.*, p. 27.

168 Mazzarino, S. *El fin del mundo antiguo*, p. 64.

manos que los habían tomado, a fin de que la avidez, que en la furia de la presa había dado lugar al delito, cancelase el error mediante la más completa devoción”<sup>169</sup>.

Por primera vez en mil años Roma, la ciudad considerada eterna, era invadida y saqueada. Es evidente que este hecho debió haber conmovido a sus habitantes y a toda la población de la ecúmene.

El delicado equilibrio entre cristianos y paganos se alteraba con un nuevo protagonista: los bárbaros, que asumían un papel fundamental en el desarrollo de los acontecimientos y en la formación de la Cristiandad. La historia tomaba otro curso.

#### RESUMEN

El objetivo del presente trabajo es mostrar la relevancia que tuvo la invasión y saqueo de Roma por Alarico y los visigodos en el 410 –la verdadera “caída de Roma” para los romanos– y la reacción que el hecho produjo en la intelectualidad romana y cristiana, en relación con el mito de la eternidad de Roma.

*Palabras clave:* Mito de Roma, Alarico, caída de Roma, paganismo.

#### ABSTRACT

The objective of this paper is to show the relevance of the invasion and looting of Rome by Alaric and the Visigoths in 410 – the true “fall of Rome” for the Romans – and the reaction that the fact produced in the Roman and Christian intelligentsia, in relation to the myth of the eternity of Rome.

*Keywords:* Myth of Rome, Alaric, fall of Rome, paganism.

169 Cit. Mazzarino, *S. op.cit.*, p. 66.